

EPÍSTOLA A LOS TRANSEÚNTES (2001)

TRANSEÚNTES

QUE NO PASARON

DESAPERCIBIDOS

Por
MELISSA GARCÍA VARGAS

La crónica es la hija ‘complicada’ de la literatura con el periodismo. Intenta narrarnos un hecho al que le añade el espíritu y la valoración del autor; sin embargo, no necesariamente la crónica es el equivalente al registro detallado de una experiencia, como sucedería si pensamos en las crónicas, por ejemplo, de los conquistadores. Muchas veces estas suelen aproximarse al otro extremo –al literario– y darnos pizcas de realidad, como para sostenernos y recordarnos que la historia narrada también pudo haber pasado. De lo contrario, crea una ficción a partir de los pedazos más interesantes de información como una excusa para hablar de algo aún más grande.

Esto último es lo que hace justamente Chirinos en *Epístola a los transeúntes*. Cuando empiezo a revisar sus crónicas da la impresión que hubiera abierto un blog sobre datos curiosos. Tienes anécdotas insólitas que ilustran los temas que elige. Ejerce una suerte de realismo mágico; parte desde la cotidianidad para transformarla en extraordinaria. Este estilo entretenido y fresco fue más bien un producto espontáneo. En el prólogo el autor cuenta que estas crónicas fueron destinadas hacia una revista, con el propósito de llenar una hoja sobre algún tema que le interesara. Claro que terminaron por superar esta función y sin querer fue develándose la intimidad del autor.

La premisa de ser un diario sin intención, por contener detrás la labor poética y sus experiencias, en cada una de estas crónicas, nos lleva al título del libro *Epístola a los transeúntes*. Chirinos no pretendió exponerse indirectamente pero las crónicas lo delatan. Aquel que quiera ver su progreso y su trabajo tendrá la oportunidad de hacerlo. En su prólogo dice: “lo dejo en la mitad de la calle, para cualquier transeúnte que quiera leerlo como quien lee el mensaje de la botella arrojada, quién sabe desde cuándo, a las aguas del mar”. Nosotros entonces recogemos el libro que está, al margen del contexto y de su búsqueda de notoriedad.

Lo que se encuentra es una obra separada en cuatro partes de acuerdo a la temática. Cada crónica acompañada de ilustraciones al principio y final, nos remiten al libro que escribió con la colaboración de Jorge Eslava, *Loco Amor*. La primera parte se llama “De vanguardistas y locos”. Esta parte incluye crónicas que intentan aportar otras perspectivas de escritores, en su mayoría poetas como Darío, Vallejo, Chocano, Oquendo, Westphalen, Huidobro; protagonizan enternecedoras historias que se entremezclan con su vida, con tono ficcional, sobre ese legado que dejaron para nosotros. No se trata de juzgar al artista por su obra, si no intentar entender sus circunstancias, sus problemas, sus razones y encontrarle lo pintoresco a lo que muchas veces pasa desapercibido: las pequeñas memorias de sus vidas.

De esta parte puedo rescatar la crónica de “Llano por un bandido” dedicada al Cantor de América, José Santos Chocano. Todos conocen el aura ególatra, vanidosa y pretenciosa que rodea a este representante del modernismo, que no le impidió ganar fama y reconocimiento en su tiempo. Viendo que ya todos se habían olvidado de él, Chirinos decide rendirle homenaje. Admite pues que le causa gracia el hecho de que se le haya dado más peso a él debido a su vida que a su obra; sin embargo no le hace desplante, por el contrario, acota que



ella y la personalidad del autor fueron fundamentales para entender su obra. No existiría la grandiosidad de sus versos si no hubiera una voz igual de extraordinaria detrás. Se añade un toque de humor confesando la magnitud de su fracaso, al intentar retratar con objetividad a América. Pues, a través de los ojos de la exuberancia, el único producto que se logró sacar fue la artificialidad.

La segunda parte se llama “Mirando hacia atrás sin ira” y es el conjunto de crónicas que capturan las experiencias personales que tuvo el autor con respecto a algún autor, artista o su vida escolar. De pronto nos sacan del ambiente épico de las figuras a quien admiramos, y nos sumergen en la vida de un simple mortal. Esto no tiene que ser malo, de hecho ayuda a conectar con el lector de manera más profunda al verse reflejado en situaciones que bien podrían pertenecer a su vida diaria. Para pasar de una vida aburrida a una divertida, Chirinos orbita en torno a sus ídolos, celebridades, personalidades de ciencia, la literatura y la música.

La más simpática es en definitiva “Panfleto contra el número”. Como muchos inclinados por las letras, el autor tampoco brillaba en matemáticas, por el contrario, las detestaba. Nuestro niño de primaria sale a flote por la empatía de haber sido una falla en el mundo de los números. Felizmente, esto no lo trunco: “cuando ya nadie se preocupó de mí, pude dedicarme a leer, escribir y dibujar sin que nadie me llamara la atención”. Este triunfo es solo uno de los primeros, gracias a él conocemos a Vladímír Holan, poeta checo que se rebeló en contra del sistema porque creía ser incompatible con los poemas. Lejos de disculparse por su desagrado hacia las matemáticas, lo sustenta en la desestimación de la creación artística, que a su juicio emplea una disciplina rigurosa que articula su razón de ser.

La tercera parte, llamada “En busca de la teta”, es la más corta de las cuatro. No sa-

bemos si es por su extensión o el tema, que la hace la menos resaltante entre todas las partes del libro. Parece un poco extraño insertar en medio de referencias a personajes de talla mundial, un segmento con personajes históricos nacionales. Chirinos no reniega de esto, al contrario intenta enriquecerla siempre teniendo en cuenta a poetas o citando a notables historiadores. Uno puede perderse un poco, habiéndose entretenido tan a la ligera en las partes anteriores al toparse con crónicas de tono más explícitamente histórico.

La crónica homónima al título se gana el puesto de ser la más importante. Discute nuestro problema como país para aceptar nuestro origen, y de ahí que sea la más valiosa. Nos enseña sobre ensayo de Thierry Saignes y Thérèse Bouysse-Cassagne que postula que tras quinientos años de mestizaje en los Andes, se creó un vínculo entre indios y criollos al mamar de la misma leche. Nos habla del simbolismo que carga el acto de mamar como no solo la fuente de nutrición, sino también la fuente de donde se adquieren los valores morales. Menciona las posturas racistas en la historia, como las del Padre Lizárraga quien dice que aquel que mama leche de mentiroso es mentiroso. Así mismo la coexistencia de la contradicción de esta y la creencia de los incas los cuales piensan en la lactancia como privativa. Después de todo se cuestiona si la historia posterior a la conquista fue la “búsqueda de la gran teta”, una metáfora para tratar de entender nuestra búsqueda de identidad, que finalmente optó por avergonzarse del real origen y alienarse a lo europeo.

La última parte trata acerca de esa aversión y terror que tienen los hombres con respecto a las féminas. Se titula “Las mujeres me dan miedo” y explora las figuras y situaciones alrededor de este género. Muestra pues las creencias alrededor de ellas tanto en el plano de relaciones, como su idealización y consideración. También aparecen los seres mitológicos imaginados en base a ellas, que han sido por tanto tiempo el terror del sexo opuesto. Logra evaluar las ideas misóginas sin necesariamente estar adentrado en ellas. Se intenta comprender la raíz del terror e intentar buscarle la lógica a este razonamiento.

Puede llegar a ser atenuante la proposición de unas tres crónicas en donde siempre está presente la bestia mítica de la sirena. Prefiero resaltar la última crónica: “Después de las perdices” empieza con el recuerdo de una señora que le pregunta por qué la temática de los poemas siempre gira en torno a los aspectos negativos de la vida. Chirinos entonces confiesa que no es popular aquel contenido que presente a la vida como maravillosa, he allí la razón por la cual no tomaban enserio a Whitman o a San Francisco. Dice que en realidad se aspira al sufrimiento porque es mucho más interesante. Lo que destaca en este punto es realmente lo que viene después, la rareza de no asociar en los poemas la felicidad de los esposos necesariamente con alegría. Así, valiéndose de la opinión de Salinas concluye que la mujer se tuerca como inferior el día que se casa, por tanto no puede considerarse al amor como fuente de felicidad, al ser incompatible con su naturaleza libre.

Epístola a los transeúntes reúne ficciones entretenidas respecto a hechos en la historia que muchas veces pasamos desapercibidos. El modo sincero y simple que le da el autor, hace que los textos sean sencillos para el lector. La adición de su experiencia, sea intencional o no, solo aporta un toque personal que puede ser tomado como referente para identificarse. Si bien no todos los textos tienen un mismo tema en común, el estilo es lo que le brinda solidez y unidad al libro, pues siempre nos deja con la curiosidad sobre qué más hay detrás. Su tono crítico y agudo nos recuerda por momentos que no solo estamos leyendo ficciones anecdóticas si no que estamos generando una inducción sobre temas que bien podrían concernirnos en nuestra vida privada.